

COMENTARIO SOBRE LA PINTURA DE LA PORTADA



“YO Y LA ALDEA”, 1911. Marc Chagall, Modern Museum of Art (MOMA), NYC.

Marc Chagall nace en 1887 en Vitebsk, una aldea de Rusia. Muestra una inclinación precoz por la pintura, logrando estudiar en la Academia de Arte de San Petersburgo. En 1910 se traslada a una pequeña y oscura pieza en Montmartre, París. Será su primer periodo en París; solitario, vende pocos cuadros, se alimenta mal, pasa frío y añora con nostalgia Rusia y la aldea de Vitebsk, lo que le permite ahondar en su mundo interior y explorar en la pintura. Parte de la grandeza de Chagall es su necesidad constante de búsqueda de su propia autenticidad en el arte, razón por la que no se mantiene exclusivamente ni permite ser encasillado en algún movimiento artístico. Es en este contexto, con 23 años, en 1911 pinta el cuadro “Yo y la Aldea”. La transparencia, simultaneidad de los motivos y la mirada hacia el fenómeno concreto son técnicas del cubismo, movimiento imperante en aquel entonces que podemos apreciar en el cuadro. Compuesto de una paleta de colores primarios y secundarios que varían en su saturación otorgándole así fuerza y delicadeza a los elementos pintados. Resulta indispensable destacar la configuración radial, con sus diagonales y punto central. Chagall dispone de forma armónica la bestia y el hombre, la naturaleza, representada por la rama, y la civilización, representada por la aldea. La bestia, el carnero, está pintado con ojo definido, matices de saturación graduados, predominantemente blanco, con actitud serena y quizás compasiva, enmarca a una mujer que ordeña leche de una vaca. Carnero predominantemente blanco y mujer que ordeña leche, leche blanca que alimenta simbolizando a una madre cariñosa y nutricia como contenido central del cuadro. El carnero representa también el mundo de los campesinos de aldeas rusos-judías, el mundo de la infancia de Chagall. Frente al carnero, el hombre, no posee un ojo pintado de forma realista, más bien éste asemeja espejos, u ojos en trance, sin riqueza en su interior, la que podemos interpretar estaría entonces plasmada y accesible para nosotros en los contenidos de esta pintura. El hombre está pintado de un verde con menos juegos de saturación, con un *pathos* diferente al resto del cuadro, que sin embargo logra hacer contacto visual con la mujer

boca bajo de la aldea; una madre que recibe a su hijo de frente. Reaparece nuevamente la imagen de la Madre, recordada, extrañada. Adentrándonos un poco más en "Yo y la aldea", Chagall propone la simultaneidad de lo lógico y lo ilógico, que aceptamos sin mayor objeción por nuestro propio sentido lógico. Pinta un par de casas de la aldea y una mujer en posición invertida en contraposición del hombre segador y la mujer que ordeña una vaca dentro de la cabra, todos representantes de la aldea, la civilización. Todas estas figuras están pintadas proporcionalmente menores al resto del cuadro: el carnero, el rostro del hombre y la rama, y aun así contemplamos nuevamente el cuadro, sin la sensación de que algo carece de sentido. Es la disposición armónica de espacio, color y simultaneidad en "Yo y la aldea", lo que permite una trascendencia universal a recuerdos, añoranzas, mundo interno, onírico y fantasía. En "Yo y la aldea", Chagall puede conectarse con su querida Rusia, sus recuerdos de la niñez, apoyo y ambiente cariñoso y nutricional, madre, familia, mientras físicamente se encuentra en su primer y difícil año en París. Marc Chagall, descrito como artista solitario, promotor del respeto a la individualidad y la libertad, rodeado de un mundo de ensueño, logra en sus obras un viaje en tiempo y espacio. En 1945 André Bretón escribe "Con Chagall y solo con él, logra la metáfora entrar en el mundo de la pintura".

Dra. Carolina Zárate P.